



August Jacob Liebeskind
LULU
O LA FLAUTA MÁGICA

En *Lulu o La flauta mágica* la apuesta también está en la experiencia estética profunda. De nuevo se trata del combate entre la luz y la oscuridad, la noche y el día, el bien y el mal. Un hada le entrega al príncipe Lulu, un muchacho valiente y de corazón puro, una flauta encantada con la cual será capaz de rescatar a su hija que está secuestrada en el castillo de un poderoso taumaturgo. Lo que hay en este cuento que resultó fascinante para los compositores es el poder creador del arte, en especial de la música; la facultad que tiene para crear mundos, formar al sujeto a través de la experiencia estética; el poder, incluso, de hacer bailar a los espíritus y sosegar a las bestias salvajes.

Introducción

Toma esta flauta, tiene el poder de ganar el amor
de todos los que la escuchen...

J. Liebeskind, *Lulu o La flauta mágica*

August Jacob Liebeskind, autor de la historia que aquí presentamos, nació en Weimar en 1758 y murió en la misma ciudad en 1793. En 1788 se casó con Amalie, la hija menor del escritor Christoph Martin Wieland. También fue tutor de los hijos del importante filósofo Johann Gottfried von Herder.

El siglo XVIII ha sido llamado *de las luces* o de la *Ilustración* por la confianza que se tenía en que el pensamiento racional pudiera derribar todos los obstáculos que impedían el *progreso*. En ese entonces Alemania no existía como tal, sino sólo un numeroso grupo de pequeños Estados independientes; los cismas que habían creado la Reforma y la Contrarreforma, así como la guerra de los Treinta Años, impidieron cualquier intento de centralización y unificación, y aunque el Sacro Imperio Romano Germánico perduraría hasta el año 1806, el poder lo ejercían *de facto* los príncipes y nobles de numerosos Estados y reinos soberanos. Los intelectuales alemanes, como el antedicho Herder (1744-1803) o Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781), veían en el idioma, en la filosofía, en la literatura y especialmente en el teatro los potenciales elementos de una unión y consolidación alemana y, al mismo tiempo, buscaban la formación del alemán como lengua literaria. Herder propuso a

sus compatriotas, a quienes aún les faltaba más de un siglo para unificar su país, que el folclor es la mejor manera de establecer una nación; recolectó textos vernáculos de todas partes de Europa que luego publicó con el título *Volkslieder* (Canciones populares, 1778-1779); así pues, los escritores empezaron a recurrir a temas folclóricos para sus historias. Hubo muchas tensiones entre las clases sociales, pero también intentos de tender puentes entre las barreras de clases, como las logias masónicas, por citar un ejemplo (cabe mencionar que tanto A. J. Liebeskind, como Wolfgang Amadeus Mozart y Emanuel Schikaneder, quienes realizaron la más importante adaptación de *La flauta mágica* para una ópera^[1], eran hermanos masones).

Lulu o La flauta mágica apareció por primera vez en *Dschinnistan; oder, Auserlesene Feenund Geister-Märchen* (Yinnistán, o Selección de cuentos de hadas y fantasmas), la cual fue editada por Wieland en tres volúmenes entre los años 1786 y 1789. El propio August Jacob Liebeskind había publicado otra colección de cuentos orientales, las importantes *Palmbblätter. Erlesene morgenländische Erzählungen für die Jugend* (Hojas de palma. Selección de narraciones orientales para la juventud). Los cuentos de hadas se habían vuelto muy populares durante la Ilustración, especialmente en Francia, y ya varios autores los habían utilizado como vehículo de expresión filosófica, política y pedagógica. No obstante, es necesario recordar que la Ilustración no era un grupo fijo de ideas que compartieran los filósofos ilustrados; baste señalar la disparidad de pensamiento que tenían Voltaire y Rousseau. Wieland se apropió entonces de los *contes-de-fées* y los adecuó al entorno germánico. En la novela *Las aventuras de don Sylvio de Rosalva* Wieland introduce su versión del cuento de hadas con *La historia del príncipe Biribínker* (una historia dentro de la historia de *don Sylvio*), el primer *Kunstmärchen* (cuento artístico) de la historia, pues es un autor quien firma el texto. *Biribínker* es un cuento de hadas que tiene por objeto liberar al protagonis-

ta, don Sylvio, de su creencia *fanática* en estos seres fantásticos. Wieland, empero, no estaba en contra de la fantasía, ni Biribínker pierde del todo su afición por las hadas, sino que aprende a valorar una obra de arte. Cuando don Gabriel, un filósofo, le cuenta la historia de Biribínker, don Sylvio aprende que hay objetos coherentes consigo mismos, que tienen una lógica interna aunque no correspondan a los objetos del mundo empírico, y que esto no los hace menos verdaderos. Las obras de arte (como la música o el cuento artístico *Biribínker*) nos llevan también al conocimiento a través de una experiencia inmediata; por lo tanto, la imaginación, la fantasía, no carecen de razón, pues a través de la experiencia estética cobran realidad. Wieland enfatiza los poderes creadores del ser humano, que reflejan la armonía *absoluta* de la naturaleza, y propone una filosofía que une la razón con la experiencia estética, es decir, que une la poesía con el pensamiento filosófico y los mantiene en sano equilibrio, lejos de los radicalismos románticos. Wieland escribe en contra de los fanáticos (incluyendo a los fanáticos de la razón), de los enemigos de la poesía, el humor y las hadas. Para él los *Kunstmärchen* tienen la función pedagógica de acercar al lector a las maravillas de la naturaleza, que es el verdadero milagro.

C. M. Wieland definió así el contexto en el que otros autores trabajarían después. Liebeskind, su yerno, tiene concepciones muy similares en lo que se refiere al cuento. En *Lulu o La flauta mágica* la apuesta también está en la experiencia estética profunda. De nuevo se trata del combate entre la luz y la oscuridad, la noche y el día, el bien y el mal. Un hada le entrega al príncipe Lulu, un muchacho valiente y de corazón puro, una flauta encantada con la cual será capaz de rescatar a su hija que está secuestrada en el castillo de un poderoso taumaturgo. El hechicero Dílsengüin la mantiene prisionera junto con nueve doncellas a quienes castigará hasta que ella acepte casarse con él. En el cuento las notas de la flauta son de especial importancia; sin ellas

el príncipe Lulu nunca podría liberar a la princesa raptada y, al final, la resonancia de campanitas de plata que emerge de la flauta anunciará la armonía universal. Sin embargo, la narración no se queda en la simple fábula sino que constituye una importante reflexión acerca de la música y el arte, pues «un deseo libre y un arte libre son tan necesarios [...] como la comida y la bebida» y no «sería bueno lucrar con un arte tan noble».

En este punto es preciso prevenir al lector de que no se trata de una versión en prosa de la ópera homónima de Mozart y Schikaneder. Salvo el rescate de una princesa, es poco lo del cuento que permanece en la ópera. El hechicero maligno se transforma en el sabio Sarastro, quien encarna la luz; el «hada radiante» deviene la Reina de la Noche; y quien quiere forzar el amor de la princesa es el moro Monostatos. No se encuentran aquí la simbología esotérica ni las referencias a dioses egipcios; los motivos orientales del cuento se limitan a los nombres de los personajes y a su indumentaria, así como a los topónimos.

Lo que hay en este cuento que resultó fascinante para los compositores es el poder creador que tiene el arte, en especial la música; la facultad que tiene para crear mundos, formar al sujeto a través de la experiencia estética; el poder, incluso, de hacer bailar a los espíritus y sosegar a las bestias salvajes. Bien lo puso Schikaneder en boca de Tamino:

Qué poderoso es tu mágico tono,
pues, donosa flauta, gracias a tus notas,
incluso las fieras se alegran^[2].

Ricardo Ruiz León

LULU O LA FLAUTA MÁGICA

En un bosque no lejos de Mehru, la capital del Reino de Jorasán, había un viejo castillo al que pocos se podían comparar en esplendor. Tal como dice la saga, había sido edificado a través de artes mágicas por el antiquísimo rey Yamchid, fundador del reino. Desde su muerte, empero, había permanecido deshabitado porque sus sucesores no sabían regir a los espíritus que por ahí deambulaban y, justamente, preferían un sueño tranquilo al soberbio apartamiento en el que por las noches eran arrojados fuera de sus camas. Desde hacía muchos años residía en este castillo un hada que atemorizaba a los habitantes de los alrededores. Dado que había recibido de mala manera a algunos de ellos que por curiosidad quisieron explorar los solitarios aposentos, la describieron tan cruel y sangrienta que incluso los viajeros evitaban este bosque.

El hada era capaz de adoptar cualquier forma; sin embargo, lo que más le gustaba era aparecer en medio de un fulgor iridiscente, que era más cegador que la más clara luz del sol. Ésta era su figura más bella, aunque también la más peligrosa. Quien la contemplaba así perdía de inmediato la razón o quedaba totalmente ciego. El pueblo la llamó el «hada radiante» y definía su belleza como «supraterrenal» aunque nadie pudiera decir que la había visto directo al rostro. En la corte de Mehru, de hecho, todos aparentaban no creer nada de esto; pero nadie quería recordar que el

rey, una persona de carácter temible, sólo una vez había salido de caza en este bosque durante su largo reinado.

El hijo del rey se llamaba Lulu y se parecía poco a su padre; le encantaba ir de cacería y prefería hacerlo en este bosque. No lo hacía sólo porque le causara curiosidad encontrarse acaso con el hada radiante, sino porque el número de animales salvajes había aumentado considerablemente desde el día en que esa maravillosa mujer empezó a habitar ahí. Para nunca cruzarse en su camino se mantenía siempre a una distancia prudente de su castillo, el cual se encontraba sobre un bello terreno elevado en medio del bosque y era visible desde la lejanía. «No le temo —decía—, pero no la quiero ofender con mi impertinencia. Si me quiere conceder algo bueno, bien puede venir a buscarme».

Para alguien que sólo merodea en el bosque con la intención de cazar, tampoco le era difícil evitar la cercanía del castillo, pues, a excepción de las aves cantoras, todos los animales rehuían la zona interna del bosque. Incluso en el ardor de la persecución, cuando no podían huir más, se apartaban de ahí y se dejaban matar en lugar de traspasar los confines de los prados que circundaban el castillo.

Durante algunos años esta medida mantuvo a Lulu alejado de la aparición del hada. Su ejemplo fortalecía el valor de los cortesanos: todos querían acompañarlo. También el rey mismo deseaba mostrar que no temía nada y un buen día organizó una gran partida de caza. Toda la corte acudió al bosque justo al amanecer. Algunos tensaban las redes, bloqueaban todas las salidas posibles y hacían tal escándalo, que el miedo les agitaba el corazón incluso a varios camareros veteranos que desde hacía muchos años custodiaban el harén. Otros se abandonaban a la protección de la gran cantidad de arqueros y creían que no corrían ningún peligro en medio del tumulto cortesano porque los espíritus se les aparecían únicamente a los solitarios. Lulu, por el contrario, quería mostrar su valor aquel día jovial y someter

con sus propias manos a un león o un tigre. Se adentró en el bosque, más allá de lo que acostumbraba. Parecía no notar el gran número de animales pequeños, como zorros, tejones y linceos, y pasaba junto a ellos sin hacerles daño hasta que se encontró con un enorme tigre que perseguía a una adorable gacela blanca. «¡He aquí tu muerte!», exclamó Lulu y se precipitó detrás de ellos. La pequeña gacela saltaba con astucia, con rapidez y ligereza brincaba por todas partes, de manera que el tigre siempre se quedaba rezagado. Subía la montaña y bajaba de ella a través de múltiples recovecos, y Lulu no podía darles alcance. A veces parecía que el tigre la atraparía, pero ella era más veloz que un pájaro y se colocaba delante y luego detrás de él. La avidez de Lulu crecía cada vez más; sus compañeros lo habían perdido y él mismo no sabía dónde se encontraba; antes de que se diera cuenta había llegado al centro de los jardines del hada, no lejos del castillo. El tigre y la gacela desaparecieron entre la maleza. Lulu se petrificó por el miedo y quiso volver sobre sus pasos cuando se elevaron las puertas del castillo mágico y el hada emergió en sus atavíos de luz.

Su vestimenta era más blanca que la nieve a la luz del sol y destellaba más que un espejo cegador; pero era su rostro lo que más resplandecía, pues de ambos ojos emanaban torrentes de una luz rojiza que se extendía por doquier, como si sobre su frente flotara la aurora tres veces más brillante que cuando se eleva desde el mar a través del boyante cielo. Lulu se cubrió el rostro apenas miró los primeros rayos de la claridad que el hada irradiaba y caminó hacia ella con los ojos cerrados. Por el susurro de su vestido pudo notar que estaba cerca y entonces se arrodilló e imploró:

—Gran hada, no te encolerices con un extraviado que contra su voluntad ha profanado tu campiña con sus pies. Sabes que no vine por curiosidad, pues respeto los poderes celestiales.

—Me gusta tu modestia —respondió el hada con voz dulce mientras tocaba la frente del muchacho con su mano—. ¡Levántate, hijo mío! Abre tus ojos sin miedo. Mi brillo no es nocivo para los de tu tipo. Si me obedeces, no lamentarás el error que te ha conducido a la campiña del hada Perifirime.

Lulu abrió sus ojos y miró a una mujer llena de nobleza y callada dignidad, que le sonreía con severidad inocente. La simple mirada de su prominente belleza le hizo tanto bien como si un nuevo espíritu vital fluyera por sus venas. Parecía que un ejército estaba estacionado en la amenazadora frente del hada; sus grandes ojos azules miraban en la profundidad oculta y le infundían un horror sagrado mientras que la suave sonrisa de su boca de nuevo lo cautivó con amor infantil.

—Ordena a tu siervo, divina —exclamó y colocó su mano cerrada sobre el pecho—. Mi corazón y mis brazos son tuyos.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, hijo mío —dijo ella—. Yo era una amiga confiable de tu madre, quien de vez en cuando me visitaba en mi soledad. Ven conmigo para que te diga qué hacer.

Lo tomó de la mano y en silencio se fueron hacia el castillo. Se abrió la puerta de éste; un carruaje con la forma de una nube salió volando y luego descendió frente a ellos. Se introdujeron en el carruaje y éste se elevó y voló sobre el bosque tan veloz y suavemente como una golondrina.

—El servicio que necesito me prestes —comenzó el hada— no demanda tanta fuerza como sagacidad; pues con la violencia no se puede conseguir mucho en contra de mi poderoso enemigo. Lo comprenderás cuando te cuente lo necesario sobre este asunto:

«No lejos de aquí, en una roca elevada, vive un hechicero que hace muchos años me robó una preciosa alhaja cuyos poder y valor trascienden todas las comparaciones. Esta joya es un eslabón dorado capaz de producir un fuego al

que obedecen todos los espíritus elementales y todas las naciones del mundo. Cada chispa que generaba con ella era un poderoso espíritu que aguardaba mis órdenes como esclavo pero con una de las figuras preferidas para mí. Yo recibí la alhaja de manos de tu ancestro, el sabio rey Yamchid, y con ella obtuve poder ilimitado, de tal modo que con un simple gesto mío en pocos momentos se llevaba a cabo todo lo que fuera posible desear o pensar. Mi seguridad, que no conocía ningún enemigo, me hizo dormir. El hechicero Dílsengüin se percató de esta frivolidad y encontró los medios para despojarme de la joya a través de astutos engaños. Si bien ahora mismo, en sus manos, no conserva casi nada del poder que tenía en las mías, tengo causa suficiente para lamentar su pérdida puesto que sé que sólo un joven de edad viril, cuyo corazón no haya sentido aún el poder del amor, podrá recuperar el símbolo de mi dominio. Durante eones he buscado en vano un muchacho así entre los hijos del hombre: a uno le faltaba valor, al otro sagacidad, casi a todos les faltaba inocencia. Sólo tú has superado la prueba y te has mostrado como el que yo esperaba».

Lulu bajó los ojos y el hada continuó:

«Ahora bien, el hechicero hacia el que te quiero enviar, a pesar de todas sus artes mágicas, es bastante miope; pero el amor a una doncella, a quien en contra de su voluntad mantiene con él, lo hace tan suspicaz, vigilante y circunspecto, que ni siquiera el más astuto podría intentar estafarlo. En tu forma natural nunca podrías ganarte su confianza; de inmediato te reconocería por lo que eres y todos tus esfuerzos serían en vano. Toma esta flauta; tiene el poder de ganar el amor de todos los que la escuchen y aumentar o disminuir todas las pasiones, dependiendo del gusto del ejecutante. Llévate también este anillo; tiene la facultad de concederte la apariencia que deseas, joven o viejo, según como hagas girar su diamante, hacia adentro o hacia afuera. Si alguna vez te encuentras en peligro, arrójalo delante

de ti y será un mensajero alado que clamará por mi ayuda. Lo demás debo dejarlo a tu consideración y astucia, puesto que los sucesos particulares y el comportamiento del tau-maturgo no se pueden predecir. ¡Mira: la morada del hechicero sobresale detrás de la montaña! No puedo acompañarte más; aún en la lejanía él podría darse cuenta de mi presencia. ¡Viaja confiado y sé feliz! Al vencedor le concederé la mejor recompensa».

Después de que el hada dijera esto, el carruaje descendió detrás de un pico de la montaña. Lulu salió de él y caminó valeroso hacia los aposentos del mago mientras el hada se perdía tras las nubes. Cuando ya había subido la montaña y se encontraba en la cumbre, se abrió ante él un valle agradable que se asemejaba a los jardines del paraíso. Una gran tormenta que venía de la cordillera lejana cayó desde la noche hasta la mañana en curvas grandes y pequeñas sobre la pradera florida, unas veces con suavidad y otras con gran estruendo. En ambos lados se elevaban pequeñas colinas cubiertas de árboles frutales, jardines de recreo y arbustos en torno a los cuales fluía el torrente formando una gran cantidad de islas pequeñas. Las verdes colinas y elevaciones se volvían cada vez más altas y, finalmente, se transformaron en una fila de cumbres boscosas que envolvían al valle por todos lados. Lo primero que saltó a su vista fue un castillo que se encontraba en una loma en medio del valle y chispeaba bajo la luz del sol como acero pulido frente a la cordillera.

Lulu giró su anillo hacia adentro y obtuvo la apariencia de un hombrecillo anciano con barba gris y cuya espalda estaba tan arqueada como una percha. Bajó la montaña y se aproximó al castillo, el cual se parecía a una enorme torre en la que ni puerta ni escalera se podían hallar. La alta roca metálica sobre la que estaba el edificio era tan lisa y escarpada, que ninguna criatura sin alas podría pensar en escalarla. Después de haber echado un vistazo a su alrededor, se sentó bajo un limonero a unos cien pasos de distan-

cia, se colocó la flauta en la boca y comenzó a soplar. Le pareció como si él mismo, sin darse cuenta, hubiera sido hechizado por aquel sonido, pues nunca había escuchado tonos como los que producía con cada soplo. Cuando espiraba suavemente, sonaba como el susurro de las altas cumbres en las que murmura el viento nocturno, o como si todos los ruiseñores del valle cantaran una dulce canción de cuna junto a los lamentos de una ninfa lacrimosa. Pero si soplaba fuerte, desde todas las montañas coros de miles de voces rugían como si los truenos bramaran sobre sus cabezas y un diluvio estruendoso fluyera hacia las profundidades.

Lulu amaba lo delicado; a veces tocaba la flauta como una paloma que invita al amor a su compañero; a veces, por el contrario, como un ruiseñor que llora angustiado su tierno amor perdido. Todas las aves del bosque se reunían en las copas de los árboles circundantes para escucharlo con atención. Los ciervos y gacelas vinieron de los bosques vecinos; lo miraban atónitos y alargaban sus orejas amistosamente, como si entendieran el sentido de su canción. En el castillo sobre la roca acerina, sin embargo, todo parecía dormir un sueño profundo. Lulu aguzaba sus ojos en vano; nadie se dejaba ver y todas las ventanas estaban cerradas. «Deben de tener oídos de piedra», pensaba, y soplaba como si se perdiera en su propio entusiasmo. Algunas veces soplaba tan fuerte en su flauta, que las bestias y aves del bosque se atemorizaban por el eco rimbombante, y las ventanas del castillo chirriaban tan fuerte que parecía como si un terremoto estremeciera sus cimientos.

El hechicero abrió una ventana y exclamó: «¿Quién es el tonto que me saca de mi sueño tan temprano en la mañana? ¿No puedes chiflar en otro lugar mejor que bajo mi ventana? ¡Espera, cabeza blanca, yo te mostraré el camino cuando salga!»

«Sal ahora», pensó Lulu tocando una cancioncilla saltarina, como si quisiera invitar a bailar a una alegre doncella.

El mago se quedó junto a la ventana con la boca abierta, levantó las cejas y aguzó el oído como una liebre que escucha el cuerno del cazador. La flauta surtió su efecto mientras tanto y su enfado se desvaneció; sin que se diera cuenta la cancioncilla le parecía cada vez más dulce y encantadora hasta que, finalmente, cierta alegría en su corazón le produjo tanta curiosidad que no pudo resistirla. «¿Quién podrá ser el bribón que entona tan bellos trinos?», dijo y cerró su ventana, se puso encima su caftán, abrió una pequeña puerta trasera y se escabulló fuera con pasos muy silenciosos.

Lulu retrocedió medio espantado al ver de pronto ante sí al hechicero en ropa de cama. Tenía un cuerpo grande, gigantesco; las manos y pies fornidos, labios gruesos, mejillas redondas, una panza que colgaba y muchas otras características que daban prueba de su gula. Sus pequeños ojos centelleaban como los de un gato; tenía una nariz protuberante, brillante cabello rojo y un bigote bastante tupido.

—No tocas mal, viejo —empezó—. Pero dime quién eres y cómo has llegado hasta aquí. Me gustaría nombrarte flautista oficial de este castillo si no estás comprometido en otro lugar.

—Le agradezco que me haga ese honor —dijo Lulu—, pero no me gusta ser siervo de nadie. Un verdadero músico toca más por el gusto que por órdenes. El señor no me lo tome a mal —continuó y giró la flauta entre sus dedos—. Soy un hombre viejo, pero un deseo libre y un arte libre son tan necesarios para mí como la comida y la bebida. Desde hace cuarenta años vago de país en país. En cada lugar al que llego investigo si alguien necesita de mis artes y, después de complacer a mis admiradores con mi música, me marcho de ahí libre y sin impedimentos. De este modo nunca echo de menos todo lo que corresponde a una vida feliz. Sí, podría acumular tesoros si aceptara el menor regalo en lugar de sólo buen trato y hospitalidad. Ése fue el juramento que le hice a mi maestro, un viejo derviche que te-

nía el mismo oficio, y tuve bastante razón para hacerlo. ¿Para qué necesita grandes tesoros alguien que siempre está viajando? Tiene bastante si le alcanza para pasar el día. Tampoco sería bueno lucrar con un arte tan noble como el mío, pues, sin fanfarronear, el arte que practico es uno de los más nobles y no cede ante ningún otro en cuanto a perfección.

—¡No exageres —lo interrumpió el hechicero—. Quien no lo supiera pensaría que podrías despertar a los muertos con tu canción!

—Eso no —replicó Lulu—, pero tampoco mucho menos, pues, para ser breve, te diré que conozco el arte de calmar la ira de las mujeres con mi flauta, volver tiernas a las moji-gatas y hacer razonar a las testarudas; ahuyento los caprichos y las fantasías de las necias. En resumen, por más gruñona que sea una mujer, yo la hago divertida. Me hice viejo en este saludable negocio. Por tanto, el señor habrá de disculparme por rechazar humildemente la honrosa oferta de confinarme junto a él en su torre de acero.

—¡Mira nada más al viejo zorro —exclamó riendo el hechicero—, cómo le gusta engañar a la gente!

—¡Señor —lo interrumpió Lulu, furioso—, me niego a tolerar tales insultos! ¡Cómo! ¿Un zorro? Entonces me voy. ¿Le he pedido algo al señor? En esta pradera soplé mi canción matinal y ya me encontraría muy lejos de aquí si el señor no me hubiera detenido con su propuesta. El señor puede regañar a sus sirvientes, pero que a mí no me ofenda.

Diciendo estas palabras guardó su flauta, tomó su bastón y se dispuso a irse. El hechicero lo tomó del brazo y lo retuvo.

—¡Entiende, anciano, era un chiste! ¿Quién se pone inmediatamente tan sensible a causa de una sola palabra? Quédate ahí y toca otra canción. De hecho, tus piezas graciosas son incomparables.

Lulu se dejó convencer y de nuevo sacó su flauta.